

Consejo de disciplina, que los revocará (destituir). pues este Consejo se compone de directores y jefes de primera, que si no deben el puesto al favor ó al chantaje político deben cuando menos conservarlo. Los obreros no tienen representación, sólo pueden elegir uno que los defienda. El resultado es previsto de antemano.

¿Se volverá á la huelga? Es probable, pero no seguro. Ambas partes se preparan. El gobierno aprieta cada vez más, parece que se propone hacerla estallar cuanto antes, pero los obreros atienden algo que no procede hacerlo público. Todos los suspendidos lo han sido, algunos por faltar al servicio el 1.º de Mayo, otros, por hablar en los mítins y proponer el ingreso en la Confederación y contribuir metálicamente á los mítins de 1.º de Mayo y hasta por haber cantado *La Internacional*. Casi todas estas suspensiones, como se ve, son por delitos de opinión y para llevar á esta tiranía la Francia burguesa, se ha servido de ministros que se llaman republicanos socialistas y socialistas revolucionarios....

Es la razón de ser del anarquismo que se afirma su triunfo moral y la confirmación del sindicalismo revolucionario....

Los obreros conscientes de Cataluña, los que ven por sus ojos y piensan por su cerebro saben que esto es verdad por la lucha que la guardia de renegados de *El Progreso* hace sostener á obreros dignos; pero es necesario que se percaten todos los obreros. La peor canalla que se puede tropezar es la de renegados y confidentes; ambos se confunden.

Un confidente es un hipócrita que engaña á una de las partes y acaso á las dos, un ser que traiciona sus ideas por un interés cualquiera, y un renegado traiciona igualmente sus convicciones por interés material y que como por este interés abandonó á unos, por el mismo interés abandonará á los otros.

Cuando se baja un escalón en el rebajamiento moral, se está propenso á bajar todos. Una vez más recomiendo, obreros, ¡no os fiéis de renegados!

El gobierno aprietta y á la vez se prepara. Las cámaras de comercio se ponen de su lado.

A los soldados se les adiestra en el manejo de aparatos telegráficos, en los eléctricos; se crean estaciones de telégrafo sin hilo; se requisan las palomas mensajeras, los automóviles, etc. Los preparativos son de guerra, y al prepararse así, es que no tienen seguridad del triunfo. Los de comunicaciones por su parte se organizan y sus delegados recorren la Francia. Si se llega á la huelga, no se limitará á París, pues Lyon, Marsella, Burdeos y otras poblaciones importantes les seguirán, mejor dicho, la declararán á la vez.

Además, es probable y casi seguro no serán solos, pues los ferrocarriles y los puertos se unirán al movimiento.

Si se saben resistir algunos días sospecho la solución con la caída de Clemenceau.

Rivelli secretario general de la Federación de los puertos (Inserijos marítimos), ha declarado que al primer llamamiento la Federación se hará

solidaria de los P. T. T. (Postes, Télégraphes y Téléfonos que yo englobo en *Comunicaciones*), para defenderles si declaran la huelga.

Por su parte el Sindicato nacional de ferrocarriles, que cuenta con más de 60.000 miembros, ha tenido su Congreso XX, la semana última.

La primer orden del día fué para saludar á todos los proletarios del mundo, á los encerrados en las cárceles republicanas por delito de opinión y á los de comunicaciones.

En una de sus sesiones tomó parte Choiseau, de correos, que al subir á la tribuna fué saludado con un unánime ¡vivan los de comunicaciones!

En dicha reunión se acordó una orden del día declarando con cuanta simpatía habían visto la lucha de los de Comunicaciones y excitándolos á proseguirla, y declaran que «un deber les impone la obligación de declarar muy alto que les animan á continuar la batalla por la conquista de sus legítimas reivindicaciones y expresar el deseo que todos los empleados de caminos de hierro aporten el concurso de su solidaridad á los obreros de Comunicaciones».

A algunos delegados les pareció poco enérgica, pero se convino en que se estaba de acuerdo, que era lo esencial, importando poco las frases, y se terminó con un unánime ¡Abajo Clemenceau y su claqué! salido de las bocas de los 250 delegados.

Al llegar aquí un compañero se acerca y me dice que en París la huelga ha comenzado. Está en lo posible: las provocaciones gubernamentales son tan insolentes que nada se puede afirmar, pero yo creo que, aunque el motivo sobra, no se llegará á ella hasta dentro de algunos días. Los de Correos trabajan con gran diplomacia y esperan á su próximo Congreso en el corriente mes. Pero esto es una opinión mía sin valor.

El fin de la última huelga me prueba que hay elementos que saben obrar.

No se me busque contradicción, porque no existe y sé bien cuanto digo.

Como yo creía en la formalidad de Clemenceau, pero la huelga no debía seguir más. No se perdió el entusiasmo que puede servir en la lucha que creo irremisible, lo que no hubiera acontecido cuarenta y ocho horas más tarde. He aquí la diplomacia. Si el obrero parisién es acaso más ilustrado que el resto, no quiere decir esto que no le falte bastante para poseer la capacidad necesaria á la última batalla. Aquel ensayo le retendrá algo, pero la agresión es tan dura é injustificada, el fuego está tan cerca de la estopa, que fácilmente puede propagarse el incendio, cuyas consecuencias nadie puede prever.

Aunque parece que se está en los albores de la Revolución social, lejos estoy de creer que se irá muy lejos; pero si la lucha se entabla, que por dignidad debe entablarse, nadie puede afirmar hasta dónde se llegará; pero enseñará que el Poder, cuanto más se aproxima á su fin, más saña pone en defenderse, y que cuanto más avanzado se cree quien le ocupa, resulta en la práctica más tirano.

«Sin esperar al Congreso corporativo, los de Comunicaciones han acordado transformar su asociación en Sindicato, y al efecto han presentado sus Estatutos al prefecto, que los ha declarado ilegales.»

Ahora les ocurre á estos obreros como ocurría allá por el 81 á *Bandera Social* y á *El Mottin*, que se les denunciaba sin leerles, y así una vez denunciaron en el último el Padrenuestro.

Si la lucha se entabla volveré sobre el asunto, aunque para comunicarme te que servirme de algún vapor.

El 1.º de mayo ha carecido de importancia, celebrándose los mítins de forma con escasa concurrencia. Además, que la comedia resultando ridícula de conservar una fiesta al trabajo esclavo; ha caído en sábado, el peor día de la semana. Cualquiera otro día hubiera tenido más importancia. No obstante, se hicieron una treintena de prisiones, todas ridículas.

Permitirme que termine ésta con un saludo á nuestros compañeros víctimas que en Buenos Aires han sido asesinados por la canalla policíaca. Yo recomiendo á los obreros que esta gentuza es más digna de la venganza popular que los burgueses.

Los burgueses defienden una sociedad que les proporciona comodidades; la policía defiende su esclavitud y la de los que debieran ser sus hermanos. Son la deshonra de la especie humana.

¡Dichosa la sociedad cuando os barra á todos, escoria social!

Y como soy bastante extenso, firmo,

V. GARCÍA

Subscripción pro Daniel R. García

	Pesetas
Suma anterior.	53,05
Mataró.—S. Torrents.	0,20; Gabaldá.
0,15; Navarro, 0,20; S. Mora, 0,25;	
V. Gallart, 0,10; A. Arno, 0,15; total	1,05
Total.	55,00

El Murmurador

(SONETO)

Vibora en forma humana que presenta aspecto noble y lengua envilecida para verter ponzoña maldecida que produce en la honra injusta afrenta.

De bondad se reviste cuando intenta jugar á un infeliz mala partida, y si resulta su intención fallida su saña á impulsos del furor aumenta.

Su maldita misión sobre la tierra es criticar al necio como al sabio con la malicia que su pecho encierra.

Y á la humanidad haciendo agravio, conserva en una proporción que aterra de cieno el corazón de hiel el labio.

D. A. G.

Coruña.

Debiendo ausentarse de ésta, ha cesado en el cargo de administrador de este periódico, el compañero A. García de la Mata.

DONATIVOS

Madrid.—F. M. 0,50.  
Medinasidonia.—J. M. 1,00.  
Elche.—P. P. 0,00.  
Barcelona.—J. P. 1,00; Un tipógrafo, 2,00; J. S. 0,20; Un escultor, 0,10; Un barnizador, 0,15; Uno, 0,25; S. F., 0,50; J. M., 0,30; J. Bos, 1,00.

Correspondencia administrativa

Jerez de la Frontera.—D. M. Recibidas 7,75; para paquetes, 4,00; para presos, 1,75; para «Solidaridad Obrera», 1,00; para «Humanidad Nueva», 1,00.

Pedralva.—L. O. Id. 1,05 por paquetes.  
Castellar del Vallés.—J. F. Id. 14,40 por paquetes, 13,20; números rifa, 1,20.

Azuaga.—S. G. Id. 5,50 por números rifa.  
San Fernando.—F. M. Id. 5,00 por paquetes.  
Madrid.—F. M. Id. 1,00; 0,50 para presos y 0,50 como donativo.

Coruña.—Severino Alvarez. Id. 0,00.  
Alonsotegui.—S. A. P. Id. 1,00 por paquetes; podéis girar en sellos de 0,15.

Baracaldo.—S. A. Id. 25,00; por paquetes, 20,00; números rifa, 5,00.  
Valverde del Camino.—M. M. G. Id. 1,05 por números de la rifa.

Río Janeiro.—F. R. Id. 15,00 por números rifa.  
Valencia.—M. C. Id. 20,00 por paquetes.  
Esquerosa.—A. B. Id. 1,05 por suscripción.

Medinasidonia.—J. M. Id. 0,00; por paquetes, 1,00; para presos, 3,50; donativo, 1,00, y 0,50 «La Política».

Santiago.—J. P. Id. 10,00; por paquetes, 7,00; números rifa, 3,00.

Vigo.—F. L. Id. 8,00; indica para qué son.  
Alicante.—A. D. Id. 17,50 por paquetes.  
Baracaldo.—L. A. Id. 1,00 por folletos.

Elche.—P. P. Id. 2,10; para los presos de Alcañal del Valle, 1,00; donativo, 0,60; «La Política» juzgada por los políticos, 0,50.

Barcelona.—La Comunal. Id. por venta de los números 20 y 27, 5,85; para «Despertado», de Madrid, 1,00; para Juventud Libertaria, de Zaragoza, por la hoja núm. 12, 1,50.

Valladolid.—Amor y Rebelión. Id. 5,00 por números rifa.  
Santander.—M. Martín. Id. 10,00 por paquetes.

Mataró.—S. T. Id. 10,05; por paquetes, 0,15; para presos, 7,85; para Daniel García, 1,05; para Artal, 0,80.

Madrid.—M. A. Id. 1,80 por números rifa.  
Villafranca del Panadés.—Id. 4,00 por paquetes.

Torreló.—G. R. Id. 3,50; por paquetes, 1,00; por números rifa, 0,50.

Montesquiu.—M. M. Id. 10,00; por paquetes, 5,00; para «Solidaridad Obrera», 5,00.  
Imorena José Ortega. San Pablo, 06.—BARCELONA

Pedro Kropotkine

LA ANARQUIA

Su filosofía - Su ideal

é en acciones de oro, de la Patagonia, que trabajan para ellos los *fellahs* egipcios, los italianos emigrados del país de su nacimiento ó los *coolies* chinos.

Esta es la limitación consciente y directa de la producción. Pero hay también una limitación indirecta é inconsciente, que consiste en gastar el trabajo humano en objetos inútiles en absoluto, ó destinados tan sólo á satisfacer la necia vanidad de los ricos.

Baste citar los miles de millones gastados por Europa en armamento, sin más fin que conquistar mercados para imponer la ley económica á los vecinos y facilitar la explotación en el interior; los millones pagados cada año á los funcionarios de todo fuste, cuya misión es mantener el derecho de las minorías á gobernar la vida económica de la nación; los millones gastados en jueces cárceles, gendarmes y todo ese embrollo que llaman justicia, en fin, los millones empleados en propagar por medio de la prensa ideas nocivas y noticias falsas, en provecho de los partidos, de los personajes políticos y de las compañías de explotadores.

Aun se gasta más trabajo inútilmente aquí para mantener la cuadra, la perrera y la servidumbre doméstica del rico; allí para responder á los caprichos de las ramerías de alto bordo y al depravado lujo de los viciosos elegantes; en otra parte, para forzar al consumidor á que compre lo que no le hace falta ó imponerle con reclamos un artículo de mala calidad; más allá para producir substancias alimenticias nocivas en absoluto para el consumidor, pero provechosas para el fabricante y el expendedor. Lo que se malgasta de esta manera bastaría á duplicar la producción útil, ó para crear manufacturas y fábricas que bien pronto inundarían los almacenes de todas las provisiones de que carecen dos tercios de la nación.

De ahí resulta que de los mismos que en cada nación se dedican a los trabajos productivos, la cuarta parte por lo menos se ven obligados con regularidad á un paro de tres ó cuatro meses por año; y otra cuarta parte, si no la mitad, no puede producir con su labor otros resultados que divertir á los ricos ó explotar al público.

Así pues, por un lado, si se considera la rapidez con que las naciones civilizadas aumentan su fuerza de producción, y por otro

los límites puestos á ésta, debe deducirse que una organización económica medianamente razonable permitiría á las naciones civilizadas amontonar en pocos años tantos productos útiles, que se verían en el caso de exclamar: «¡Basta de carbón, basta, basta de trigo, basta de telas! ¡Descansemos, recojámonos para utilizar mejor nuestras fuerzas, para emplear mejor nuestros ojos!»

No; el bienestar para todos no es un ensueño. Podría serlo cuando á duras penas lo graba el hombre recolectar ocho ó diez hectólitros de trigo por hectárea, ó construir por su propia mano los instrumentos mecánicos necesarios para la agricultura y la industria. Ya no es un ensueño desde que el hombre ha inventado el motor que, con un poco de hierro y algunos kilos de carbón, le da la fuerza de un caballo dócil, manejable, capaz de poner en movimiento la máquina más complicada.

Más para que el bienestar llegue á ser una realidad, es preciso que el inmenso capital deje de ser considerado como una propiedad privada del que el acaparador disponga á su antojo. Es menester que el rico instrumento de la producción sea propiedad común, á fin de que el espíritu colectivo saque de él los beneficios para todos. Se necesita la expropiación.

El bienestar de todos, como fin; la expropiación, como medio.

II

La expropiación: tal es el problema planteado por la historia ante nosotros los hombres á fines del siglo XIX. Devolución á la comunidad de todo lo que sirva para conseguir el bienestar.

Pero este problema no puede resolverse por la vía legislativa. El pobre y el rico comprenden que ni los gobiernos actuales ni los que pudieran surgir de una revolución política, serían capaces de resolverlo. Siéntese la necesidad de una revolución social, y ni á ricos ni á pobres se les oculta que esa revolución está próxima.

Durante el curso de este último medio siglo se ha verificado la evolución en los espíritus; pero comprimida por el minoría, es decir, por las clases poseedoras, y no habiendo podido tomar cuerpo es necesario que aparte por medio de la fuerza los obstáculos y que se

realice con violencia por medio de la revolución.

¿De dónde vendrá la revolución? ¿Cómo se anunciará? Es una incógnita. Pero los que observan y meditan no se equivocan: trabajadores y explotadores, revolucionarios y conservadores, pensadores y hombres prácticos, todos confiesan que está á nuestras puertas.

Todos hemos estudiado mucho el lado dramático de las revoluciones, y poco su obra verdaderamente revolucionaria, ó muchos de entre nosotros no ven en esos grandes movimientos más que el aparato escénico, la lucha de los primeros días, las barricadas. Pero esa lucha, esa escaramuza primera, terminan muy pronto; sólo después de la derrota de los antiguos gobiernos comienza la obra real de la revolución.

Incapaces é impotentes, atacados por todas partes, pronto se los lleva el soplo de la insurrección. En pocos días dejó de existir la monarquía burguesa de 1848, y cuando un coche de alquiler llevaba á Luis Felipe fuera de Francia, á Paris ya no le importaba un pito el exrey.

El gobierno de Thiers desapareció en pocas horas, el 18 de Marzo de 1871, dejando á Paris dueño de sus destinos. Y sin embargo, 1848 y 1871 no fueron más que insurrecciones. Ante una revolución popular, los gobernantes se eclipsan con sorprendente rapidez.

Recordemos la Commune.

Desaparecido el gobierno, el ejército ya no obedece á sus jefes, vacilante por la oleada del levantamiento popular. Cruzándose de brazos la tropa, deja hacer, ó con la culata en alto se une á los insurrectos. La policía, con los brazos caídos, no sabe si debe pegar ó si gritar: «¡Viva la Commune!» Y los agentes de orden público se meten en sus casas «á esperar el nuevo gobierno». Los orondos burgueses liran la maleta y se ponen á buen recaudo. Sólo queda el pueblo. He aquí como se anuncia una revolución:

Proclámase la Commune en varias grandes ciudades. Miles de hombres están en las calles, y acuden por la noche á los clubs improvisados, preguntándose: «¿Qué vamos á hacer?» y discutiendo con ardor los negocios públicos. Todo el mundo se interesa en ellos; los indiferentes de la víspera son los más celosos. Por todas partes mucha buena voluntad, un vivo deseo de asegurar la victoria. Produciéndose las

grandes abnegaciones. El pueblo no desea más que marchar adelante. De seguro que habrá venganzas satisfechas. Pero eso será un accidente de la lucha y no de la revolución.

Los socialistas legalitarios, los radicales, los genios del periodismo, los oradores de efectos, corren al Ayuntamiento, á los ministerios, para tomar posesión de las poltronas abandonadas.

Admiranse ante los espejos ministeriales y estudian el dar órdenes con una gravedad á la altura de su nueva posición. Les hace falta un fagín rojo, un kepis galoneado y un ademán magistral para imponerse al excompañero de redacción ó de taller. Los otros se meten entre papelotes con la mejor voluntad de comprender alguna cosa. Redactan leyes, lanzan decretos de frases sonoras que nadie se cuidará de ejecutar.

Para darse aire de una autoridad que no tienen buscan la sanción de las antiguas formas del gobierno. Elegidos ó aclamados, se reúnen en parlamentos ó en consejos de la Commune. Allí se encuentran hombres pertenecientes á diez escuelas diferentes que no son capillas particulares, como suele decirse, si no que corresponden á maneras diversas de concebir la extensión, el alcance y los deberes de la revolución. Posibilistas, colectivistas radicales, jacobinos, blanquistas, forzosamente reunidos, pierden el tiempo en discutir. Las personas honradas se confunden con los ambiciosos, que sólo piensan en dormir y despreciar á la multitud de la cual han salido. Llegando todos con ideas diametralmente opuestas se ven obligados á formar alianzas ficticias para constituir mayorías que ni un día duran; disputan, se tratan uno á otros de reaccionarios, de autoritarios, de bribones; son incapaces de atender acerca de ninguna medida seria, y propenden á perder el tiempo en necedades, no consiguen hacer más que proclamas altisonantes; todo se toma por lo serio, mientras que la verdadera fuerza del movimiento está en la calle.

Durante este tiempo, el pueblo, sufre. Páranse las fábricas, los talleres están cerrados, el comercio se estanca. El trabajador no cobra ni aun el mequino salario de antes. El precio de los alimentos sube.

(Continuad)